

GEPOLÍTICA DE LA LUCHA DE CLASES: UNA PERSPECTIVA DESDE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL DE MARX

Efraín León Hernández¹

Resumen

Se presenta una propuesta que explora la posibilidad de una geopolítica situada en el horizonte social de la lucha de clases; la *Geopolítica de la lucha de clases*.

Para ello se rescata la noción gramsciana de Estado ampliado, como una expresión sintética del conjunto de fuerzas políticas que emergen de las relaciones sociales. El cual pensamos posibilita un análisis crítico de una sociedad histórica que articula en una unidad diferenciada; la espacialidad social, la influencia de la economía, la política y la cultura, el complejo institucional estatal –o sociedad política– y la sociedad civil –esta última portadora de la hegemonía civil–. Pensamos que esta noción permite fundamentar una geopolítica crítica que no huya del supuesto fetichismo estatal, sino que reconozca en el Estado algo más que sólo instituciones políticas, administrativas y represivas ligadas al poder, la legalidad y la legitimidad social –en cierto sentido separadas de la propia sociedad–. Una noción de Estado integral que permita reconocer críticamente una confrontación geopolítica entre clases sociales y no sólo entre aparatos estatales. Pero también en como la primera se articula con la segunda, en una única realidad histórica en la que la espacialidad es instrumento político de diversas fuerzas sociales.

Palabras claves: Geopolítica; Estado ampliado; Aparato estatal; Lucha de clases; Movimientos sociales

¹Profesor de Tiempo Completo de la Carrera en Geografía. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: efrainleonehernandez@gmail.com

Este trabajo se suma a una serie de esfuerzos (León, 2007 y León, Meave y Ramos, 2009) en los que hemos insistido sobre la pertinencia de reconocer los saberes y las prácticas geopolíticas como cualidades reales de la producción y la reproducción social.

Nuestros esfuerzos anteriores se ha centrado en rescatar la especificidad geopolítica del proceso de producción social del espacio considerado como una cualidad dinámica y particular de las relaciones sociales reales; la *praxis espacial*. Lo que hemos venido realizando de acuerdo a la provocación que hace cuatro décadas nos hizo Henri Lefebvre (1976) al insistir que para pensar el espacio social era necesario reconocer que el reto fundamental es *espacializar* los procesos sociales vinculados a una práctica conjunta y no sólo localizar una actividad o una función social. Lo que en nuestro caso ha implicado asumir que el reto consiste en *espacializar* la confrontación entre propuestas particulares de producción y reproducción social, y no considerar lo geopolítico sólo como un punto de vista científico o pseudocientífico o como luchas estatales por el control de territorios.

Por ello, ayudados de la crítica de la económica política y de la teoría de la producción social del espacio, en la primera parte de este trabajo adelantamos un balance de lo que proponemos implicaría pensar una geopolítica desde la producción y la reproducción social que nos ha enseñado a pensar Marx y de manera particular desde la producción y la reproducción social del espacio. Presentamos a continuación una propuesta de cómo reconocer el problema del comportamiento escalar diferenciado de cada uno de los procesos geopolíticos sin contraponerlos a la unidad global de la que hacen parte. Es decir, como reacomodos locales y regionales superpuestos e interdependientes entre si de los procesos sociales reales que forma y dinamizan la espacialidad global de la sociedad capitalista.

Con lo anterior abriremos la discusión respecto al sujeto individual y colectivo de la geopolítica, aquel que se propone espacializar total o parcialmente su propuesta de producción y reproducción social en un escenario de clara confrontación o conflicto. Lo anterior nos llevará en dos direcciones distintas. Por un lado, discutiremos desde la crítica de la economía política los presupuestos de la hoy denominada “geopolítica crítica” y su aparente superación del “fetichismo estatal”, de entre ellos rescataremos la necesidad de pensar el ejercicio geopolítico fuera de la esfera de las instituciones estatales, pero también

criticaremos la visión estrecha y en cierto sentido sesgada que estas corrientes críticas han mantenido sobre el Estado y la sociedad. Por otro lado, y ligado a la reivindicación del ejercicio geopolítico de otros sujetos individuales y colectivos, insistiremos en su praxis real y potencial, pero también en la necesidad de no rigidizarlos, eternizarlos o aislarlos del conjunto de relaciones sociales a las que pertenecen. Por lo que tomamos distancia de las tendencias dominantes que suelen ver sujetos políticos no gubernamentales o empresariales atados a escalas locales.

La geopolítica de la producción y la reproducción social

Pensamos en primer lugar, en contrasentido a la discusión dominante en el sector crítico de nuestra disciplina, que el hecho geopolítico no es esencialmente una disciplina científica ni una rama de la geografía política, pero tampoco de ninguna otra, de cualquiera de sus ramas o de alguna interconexión entre ellas. Estamos convencidos de que los procesos geopolíticos son cualidades particulares de las relaciones sociales reales a las que le corresponden formas particulares y diversas de reproducción racional o intuitiva. Procesos reales que hacen parte del conjunto de la praxis social y que pueden ser estudiados –problematizados, instrumentalizados, dinamizados, etc.– desde distintas perspectivas teóricas y por múltiples disciplinas científicas o sectores sociales no académicos como los gubernamentales, militares, empresariales o sociales. Hecho que en la práctica ha venido sucediendo de manera ininterrumpida más allá de los esfuerzos de algunos sectores conservadores, e incluso progresistas, porque esto no suceda.²

Pero la especificidad de los procesos geopolíticos como rasgos particulares de la realidad social conjunta hay que buscarla separándolos cuidadosamente de su monstruoso

² El argumento de que la geopolítica no es una disciplina científica porque es un saber instrumentalizado por un interés expansionista e imperial de los estados descansa en una premisa ontológica que no compartimos. Y es que separar y antagonizar a los procesos sociales reales de la reproducción racional o intuitiva como si se tratasen de universos independientes, tiene como consecuencias, en primer lugar, que no se entiende el papel activo del conocimiento en el conjunto de las relaciones sociales –se crea así la apariencia ingenua de la neutralidad el saber– y, es segundo lugar, que se pierde de vista lo específico del proceso social real del cual surgió este tipo de saber. En nuestro entender no existe conocimiento científico, ni no científico, crítico o conservador, que no esté incorporado en la vida práctica de forma dinámica, es decir, que no esté articulado a un fin o sentido político concreto, sea egoísta o comunitario, hegemónico o marginal. Por lo que pensamos que este antagonismo se trata de una separación artificial de dos cualidades inseparables de la praxis social, el cual no percibe que las formas de conocimiento al tiempo de ser un producto particular de las relaciones sociales reales también participan dinámicamente de su afirmación, dirección y sentido. Ver el clásico e indispensable trabajo de Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía de la Praxis* (2003).

uso ideológico como discurso que intentó sin éxito legitimar expansionismos, racismos y genocidios, pero además de su elevación como discurso científico basado en un darwinismo social empirista y en un determinismo geográfico altamente empobrecido. Ambas características aún peligrosamente presentes en varias corrientes conservadoras de las ciencias sociales de nuestros días y no sólo en los estudios de los procesos geopolíticos. Aseverar sobre la imposibilidad del saber neutral, no sugiere que consideremos estas formas ideológicas de saberes geopolíticos como si no fuesen fenómenos sociales reales. Aquí sólo adelantamos la premisa de que las formas de conocimiento o reproducción racional de lo real es un factor dinámico de la praxis que aparece en el marco de los propios procesos reales.

Por ello, pensamos que es equivocado suponer que los procesos geopolíticos no existen sólo por reconocer en ellos un discurso ideológico que buscó legitimar científicamente un proceso violento de expansión hegemónica. No reconocerlo así ha acarreado al menos dos reduccionismos terribles para la geografía y la teoría social en su conjunto. En primer lugar, al confundir una cualidad de los procesos sociales con una rama de la geografía política se ha perdido la capacidad crítica de percibir lo específicamente geopolítico frente al rico horizonte de temas tradicionalmente estudiados por esta rama de la geografía –y que por cierto ninguno de ellos es de propiedad exclusiva de esta disciplina científica, ya que aspectos como el Estado, los movimientos sociales, las formas de gobierno, las fronteras, el imperialismo, la hegemonía, la dominación, etc. son cualidades del mundo real que se problematizan y estudian desde distintos ángulos por otras ramas del saber–. En segundo lugar, un rasgo que nos parece aún más preocupante, consiste en que también se ha perdido la capacidad para percibir críticamente y dar cuenta científica de los procesos geopolíticos reales que dan vida diversos sujetos individuales y colectivos. Sobre todo, para problematizarlos científicamente no desde un empirismo biologista, sino desde aparatos críticos como el que nos proporciona, por ejemplo, el materialismo histórico y la crítica de la economía política.

¿Qué podríamos rescatar de la geopolítica como cualidades específicas de la realidad social si hacemos a un lado su uso ideológico con intereses de legitimación expansionista y su matriz lógica empírico-biologista? En primer lugar, y abstrayéndonos en este apartado del sujeto que ejerce la geopolítica, intentaremos delimitar desde el

marxismo y desde algunos desarrollos de la geografía respaldada en este aparato crítico lo que entendemos por procesos geopolíticos en su condición de cualidades particulares del mundo real; *una geopolítica en la producción y la reproducción social*. Lo que dicho en términos de la teoría de la producción social del espacio sería la espacialidad político-social en contradicción y conflicto que producen dos o más propuestas particulares de reproducción social. Esto nos llevará a entender que la lucha por territorios es tan sólo uno de los momentos de contradicción y conflicto entre dos o más sujetos colectivos que apuestan por espacializar o geografizar sus propuestas particulares de reproducción social.

De acuerdo a la unidad indisoluble que en la *praxis* social mantienen las formas de representación y las relaciones sociales prácticas (Sánchez Vázquez, 2003), podemos deducir inicialmente que existen dos grandes ejes para rastrear lo específicamente geopolítico de los procesos sociales reales: los discursos o saberes geopolíticos y las prácticas geopolíticas. Los primeros englobarían los saberes científicos y no científicos, sin resultar determinante que pretendan justificar y fortalecer determinadas prácticas o denunciarlas y contrarrestarlas, y sin que sea primordial que de manera explícita se aut nombren o no como geopolíticos. Lo sustancial resultaría en que se generen buscando explicar o participar de la espacialización políticamente dirigida de una propuesta de reproducción social en franca contradicción o conflicto con alguna otra. Por ello, aquí pueden incluirse segmentos importantes de las ciencia geográfica, política, económica, biológica, geológica, etc. pero también del saber militar, empresarial, gubernamental y por supuesto el social.

Las prácticas geopolíticas, por su parte, habría que reconocerlas y problematizarlas directamente en las prácticas políticas reales de determinados sujetos políticos que busquen su espacialización, sea como proyecto o instrumento o como fijación espacial efectiva. Pero al igual que los saberes geopolíticos, que sean prácticas que a su vez se encuentren en contradicción y conflicto con otras propuestas particulares, es decir, en las prácticas políticas que geografizan propuestas particulares de reproducción social. Ambas, consideradas de manera parcial o conjunta y sin que sea indispensable que se trate de un sujeto particular definido quien lo encarne –por ejemplo gobiernos, ejércitos, empresas, clases sociales, estudiantes, jóvenes o comunidades locales– y sin importar sus formas de

legitimación –consensuales o impositivas– ni sus escalas de actuación –local, estatal, regional y/o mundiales–.

La geopolítica es entonces un saber espacial estratégico, pero indiscutiblemente y sobretodo es además una práctica espacial con las mismas características. Ambas, el saber y la práctica, correspondiéndose y conformándose entre si como una indisoluble cualidad particular de la totalidad social; los procesos geopolíticos reales. No hay contradicción en ello, y podemos entender que sea una cualidad de la realidad social que se reconozca y problematice de múltiples maneras, ya sea como tema de estudio científico, o como saber estratégico de aparatos e instituciones estatales y empresariales, pero que no se restringe a ser sólo un grupo de puntos de vista, y menos aún sin sustento científico posible, sino que son un grupo de formas de reproducción racional de los procesos espaciales insertos en las prácticas geopolíticas. Por ello, nuestra insistencia de reconocer que la geopolítica, en tanto que cualidad particular de las relaciones sociales reales, es al mismo tiempo sentido e interés, conocimiento y proyecto, pero también instrumento y actividad práctica del proceso social real que espacializa propuestas particulares de producción y reproducción social en situación de contradicción y conflicto entre los sujetos concretos que lo ejercen.

La totalidad social y las escalas de lo geopolítico

Indudablemente nos encontramos en un periodo de la historia de la humanidad en que la socialidad ha quedado articulada globalmente en una única unidad funcional, pero no por ello libre de tensiones y contradicciones, ni mucho menos espacial, cultural o políticamente homogénea. La tendencia histórica de constitución del mercado mundial capitalista no ha sido otra cosa que la expansión y avance espacial violento de la subordinación capitalista sobre las diversas formas sociales previamente existentes. Articulándolas de manera paulatina o vertiginosa y aprovechando sus cualidades diferenciadas en lo local y lo regional, cada una de estas formas fueron incorporadas violenta y funcionalmente a la tendencia general de producción y reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Lo cual dio como resultado la concentración diversificada y articulada de medidas espaciales del capital, de concentraciones diferenciadas de sus componentes orgánicos, de sus modos y medios de producción, pero también de la división

técnica, social y territorial del trabajo en la escala internacional y mundial. Constituyéndose y enriqueciéndose así la fuerza productiva y reproductiva social global capitalista moderna.

En algunos lugares se profundizaron las diferentes formas de reproducción social existentes conforme se incorporaban dinámicamente a la unidad capitalista en expansión, en algunos otros fueron transformadas o destruidas, pero sobretodo fueron generándose nuevas cualidades en la socialidad que respondían a las propuestas particulares de reproducción social en expansión espacial. Proceso de avance y de adecuación de la espacialidad social global en el que se produjeron nuevas diferencias espaciales nunca antes existentes, todas ellas útiles para el proceso general de acumulación de capital y que tuvo como resultado el acomodo y funcionamiento espacial global de la sociedad capitalista. Nos referimos específicamente al paulatino proceso de subordinación capitalista formal y real del espacio social global.

El proceso descrito anteriormente no es otra cosa que la producción histórica del acomodo y funcionamiento espacial de la sociedad global moderna; expresión, premisa y mediación de su propia praxis y a la vez uno de sus resultados particulares. Arreglo espacial o espacialidad social global que si se mira con un poco más de atención, es además el proceso de surgimiento, afirmación y desaparición de distintos conflictos geopolíticos que históricamente han encarnado múltiples sujetos individuales y colectivos –como reinos, imperios, grupos comerciales, militares, etnias, iglesias, etc.–, en un principio, y hasta antes de la constitución histórica de la unidad global capitalista, de cualidades diversas e incluso espacialmente independientes. Por lo que este largo proceso de subordinación histórica capitalista de la espacialidad mundial iniciada hace aproximadamente quinientos años, ha sido también el de la conformación de un complejo y dinámico mosaico de procesos geopolíticos sobrepuestos entre si en distintas escalas. Tal vez por ello, y con el reconocimiento del avance histórico del capitalismo expansionista como un proceso lleno de contradicciones y conflictos espaciales desde su génesis y hasta su conformación global, es que los procesos geopolíticos fueron apreciados inicialmente sólo en las escalas internacional y global. Y es que, en tanto que problema de conocimiento ligado a la conformación histórica del capitalismo global, la producción de conocimiento estratégico respondía a la necesidad social de dirigir mejor el proceso de subordinación capitalista del

espacio planetario a los intereses particulares de las propuestas de producción y reproducción social en expansión.³

Pero cometeríamos una terrible omisión si consideramos que los procesos geopolíticos son sólo interestatales y dirigidos a sus relaciones internacionales sólo por el hecho de que la sociedad capitalista tiene ya alcances globales o porque resultaría insuficientemente incomprensible considerar cualquier proceso social local o regional como si fuesen independientes a la totalidad capitalista. Y es que, si bien el proceso de subordinación capitalista del espacio ha alcanzado la escala global, no quiere decir que se haya conseguido únicamente por una serie de procesos geopolíticos instrumentados en esta misma escala, ya que en realidad es el resultado de un sin número de procesos geopolíticos articulados en múltiples escalas y dirigidos por diversos sujetos políticos. El capitalismo y la subordinación que ha ejercido de la espacialidad global, no es sino una tendencia histórica que ha sido resultado de la actuación de múltiples sujetos indiferentes pero también interdependientes entre sí, y sobre todo con distintos intereses y capacidades escalares de actuación geopolítica. No advertimos ninguna contradicción lógica cuando afirmamos que en la sociedad global capitalista existen hoy día procesos geopolíticos que se realizan y dinamizan en menores escalas. Se trata de reajustes espaciales a diferentes escalas de la espacialidad social global y no de conflictos o reajustes aislados o independientes. Pero no marginales o poco importantes en la tendencia general de las relaciones sociales capitalistas, de su afirmación o crítica, e incluso de su potencial superación, y sobretodo que pueden reconocerse con cierta independencia de acuerdo al sujeto social que instrumenta total o parcialmente ciertos rasgos espaciales de su propuesta de reproducción social. Por ello, habrá que considerar además las propuestas particulares de reproducción social que se encaminan no sólo al interés egoísta e indiferente, sino además al interés de búsqueda de mejores condiciones de vida y a las propuestas que apuestan por revertir las condiciones generales que dinamizan a la sociedad moderna capitalista global.

³ Es innegable que el proceso de expansión global de las relaciones sociales capitalistas implicó un esfuerzo conjunto sumamente complejo. Se requirieron conocimientos diversos y suficientemente precisos sobre el comportamiento de la naturaleza, medios de comunicación y de interconexión global, instrumentos de control y dominio de los medios terrestres, marinos y aéreos, formas de organización social e instituciones políticas más potentes que las respaldaran, como los sistemas ideológicos y jurídicos modernos. Sólo así se explica la aparición de la ciencia moderna, la técnica moderna, las ideologías y las instituciones modernas, y entre ellas el imperialismo moderno, los ejercicios militares fundados en los saberes e instrumentos modernos, y con ellos la geopolítica.

Esto nos obliga a una última toma de posición en este momento del trabajo. Las condiciones geográficas que determinan a la sociedad en los procesos geopolíticos no son las determinantes naturales del medio físico como supone la escuela geopolítica tradicional. Pero tampoco hay que olvidarlas por haber sido consideradas desde un empirismo biologista. Por el contrario, hay que reconocer sus cualidades dinámicas en los procesos sociales reales y problematizarlas desde un aparato crítico más potente. Conforme la ciencia geográfica crítica ha demostrado que la geograficidad no es otra cosa que el arreglo histórico del funcionamiento espacial de la sociedad, o como diría David Harvey (2007) de su desarrollos geográficos desiguales, —el cual no niega el arreglo natural de la base material, sino que lo incorpora a una dinámica social de mayor complejidad que incesantemente lo adecua a las necesidades sociales en contradicción y conflicto—, podemos entender que el espacio geográfico es un producto histórico específico del conjunto de las relaciones sociales reales. Un producto particular de la praxis conjunta que efectivamente tiene especificidad y que condiciona al conjunto de los procesos sociales de acuerdo a su comportamiento dinámico, es decir, conforme al arreglo espacial históricamente definido de las funciones de los acomodos espaciales, de sus conexiones, metabolismos y superposiciones, y de sus alcances escalares diferenciados. Determinación espacial o geográfica que no es esencialmente distinta al resto de las determinaciones históricas que nosotros mismos hemos producido, sino un grupo particular de ellas. La espacialidad social histórica resultado de la práctica pasada y que se revierte como determinante particular de la socialidad del presente. Se trata de entender la temporalidad de la praxis espacial como premisa y determinación, como mediación insoslayable y como resultado de la praxis conjunta (Sánchez Vázquez, 1997).

No hay naturalismo o biologismo intrínseco en lo geográfico o espacial, ni tampoco ahistoricidad al asumir las determinaciones geográficas o espaciales en los procesos sociales. Por lo que los procesos geopolíticos no son sólo saberes y prácticas estratégicas dirigidas a la espacialización a futuro, sino que además son procesos pasados que nos determinan en el presente. Por ello, asumir el determinismo geográfico desde el materialismo histórico implica reconocer que la espacialidad social nos condiciona en la práctica del presente y que ella no es sino un conjunto de cualidades particulares de nuestra propia obra histórica. No es el medio físico natural ni nuestra naturaleza animal la que nos

condiciona fatalmente como presupone ingenua o maliciosamente la geopolítica tradicional, se trata en cambio de las determinaciones que en las relaciones sociales del presente ejercen el conjunto de cualidades espaciales que históricamente hemos producido. Las cuales se definen en arreglos y funciones espaciales concretas –entre ellas las representaciones espaciales–. Es sobre la complejidad de articulación global de las diferencias espaciales sociales que se instrumenta la adecuación, la proyección e incluso la afirmación existente de la espacialidad de propuestas particulares de reproducción social. Por ello, como dijimos arriba, los procesos geopolíticos del presente actúan como agentes reestructurantes reales de los acomodos históricos de la espacialidad global a diferentes escalas. Por lo que pensamos que al reconocer procesos geopolíticos en escalas menores, no hay que perder de vista que también se trata de reacomodos espaciales interconectados a estructuras espaciales complejas de mayor magnitud espacial.

El sujeto de la geopolítica y la lucha de clases

Como mencionamos en los párrafos anteriores, vivimos en una sociedad global que es nuestra propia obra histórica, y en un arreglo espacial global dinámico como una de sus cualidades particulares. Pero como curiosidad epocal nos encontramos también en una situación en la que resulta cada vez más difícil percatarnos de su unidad indivisible y constituyente de sus propias diferenciaciones sociales.

La incomparable medida mundial que ha alcanzado el capitalismo, su capacidad productiva y desarrollo tecnológico, la diversidad de procesos y conectores sociales, de singularidades culturales en constitución mutua, la riqueza en sistemas espaciales, políticos y comunicativos son algunas expresiones de la riqueza social global en la que la reproducción social capitalista se expresa. Pero ninguna de estas puede entenderse por sí misma, ni en su constitución ni en lo específico de su participación dinámica en el conjunto de las relaciones sociales globales. Fuerza productiva y reproductiva social moderna que sólo se ha alcanzado su escala global, articulándose, diversificándose y conformándose en el seno de la propia unidad social histórica, no es un producto divino o de la naturaleza, pero tampoco un producto exclusivo de un grupo, una clase, un sector o una etnia, por más que algunos hayan sido beneficiados intencional o accidentalmente por este proceso.

Pareciera entonces un sinsentido que hayamos perdido la capacidad de percibir la totalidad social histórica de la que hacemos parte, que nuestras formas de representación racional o intuitiva respecto a la unidad social, y de cada una de sus partes, tienda a la atomización y a su consideración independiente. Identificando, si acaso, conexiones secundarias entre ellas y posteriores a su constitución.⁴

El sujeto al que en primer lugar nos referimos no es otro que la sociedad global capitalista, su comportamiento histórico, su composición diferenciada y sus múltiples tensiones y contradicciones objetivas. No un grupo, una clase, una secta o una etnia considerados de manera independiente, sino el conjunto de las relaciones históricas que vivimos hoy día en la modernidad capitalista visto en su actuación geopolítica diferenciada, no como un bloque uniforme sino con expresiones múltiples y heterogéneas en contradicción y conflicto. El reto es concebir y explicar a la sociedad moderna, sin atomizar la unidad social en cada una de las partes, pero cuidando no caer en interpretaciones estructuralistas de la unidad referida que niegue las clases, los grupos y las múltiples encarnaciones de sujetos individuales y colectivos. Es decir, sin perder de vista la unidad diversa y en constante transformación de la que son parte los sujetos individuales y colectivos, en la cual se constituyen, transforman y despliegan su praxis individual. Pero cuidando también de no caer en el extremo opuesto, esto es, considerando la unidad social como si fuera una máquina automática que se mueve de manera independiente a la práctica de sujetos individuales y colectivos. Interpretaciones comunes donde masas, sectores y clases son ignorados o marginados de toda participación activa en el conjunto y omitidos para construir la explicación del movimiento de la unidad social. El sujeto particular es así, una persona, un grupo, un gremio, una etnia, una comunidad, una clase, una empresa, una institución, un Estado, un imperio, o también un conjunto articulado de ellos, pero no vistos de manera independiente e inmutable, ni fuera del proceso de transformación histórica del

⁴ Esta característica de la sociedad moderna no es producto de la casualidad, puede explicarse con rigor como fenómeno histórico si reconocemos en el mercado, fundado en el intercambio de dinero, el núcleo duro o matriz estructurante de la sociedad moderna la característica que posibilitó la producción histórica de interdependencias e indiferencias mutuas a escala global. Se produce así no sólo en la percepción, sino sobretodo como rasgo de las relaciones sociales reales, la producción de individuos aislados, egoístas e indiferentes entre sí, que han perdido la capacidad de reconocerse socialmente el uno en el otro, y de comprender que su fuerza productiva individual surgió y hace parte de la fuerza productiva social global. Ver Karl Marx (2001) y Bolívar Echeverría (1998).

que participan y del cual han surgido. Cada uno de ellos en su especificidad son parte de la praxis social global, pero al mismo tiempo son constituidos y constituyentes. No habría trabajadores asalariados sin haber patronos o capitalista que los ocuparan, pero al mismo tiempo sin existir una estructura social que así lo permitiera, como tampoco habría sistemas jurídicos y judiciales sin personas que busquen proteger su riqueza acumulada junto a otras que cuestionaran este tipo de propiedad y forma de distribución de la riqueza.

La existencia de los sujetos individuales y colectivos está en constante transformación, pero no sólo por su voluntad o deseo de afirmación política, está definida sobretudo en su praxis social y política, en su interés particular, en su forma de representación de lo real, en su capacidad para llevar a cabo su necesidad, pero también en su correspondencia con el otro, en su localización dentro de una estructura productiva, espacial, social y política, en su ubicación y participación en la producción, la distribución, el cambio y el consumo, en la división técnica, social y territorial del trabajo, en el sistema de capacidades políticas y comunicativas, etc. La existencia de los sujetos vista así no es absoluta, sino relativa e históricamente cambiante, pero no sólo porque la unidad social global se mueva y se transforme, sino porque cada una de sus partes también está en movimiento y transformación con cierta autonomía. A esto nos referimos cuando indicamos que los sujetos individuales sólo pueden existir en la sociedad, que es en su seno donde los procesos de individuación personal y colectiva acontecen, y que todos ello se encuentran en una relación de constitución mutua. Que su existencia como sujetos particulares no es absoluta sino dinámica y en correspondencia con la praxis social global, es decir, con las fuerzas productivas sociales reales. Lo cual no quiere decir que su coexistencia sea armónica, ya que su praxis se encuentra llena de contradicciones reales y de estallamientos en múltiples conflictos. El sujeto político se define entonces, por su ubicación o ubicaciones diversas en las estructuras sociales, por su necesidad y capacidad individual, por su proyecto e intensión política. Todas ellas, son cualidades que también están en movimiento y transformación. Su sujetidad política por tanto no está establecida de antemano sino que es también un proceso de producción social e individual en la que también se crean sus propias contradicciones y conflictos. Es en este proceso dialéctico de las determinaciones sociales y de la práctica política que los sujetos colectivos pueden constituirse en clases propiamente políticas. Los trabajadores, los estudiantes, las mujeres o

los pueblos sólo son clases políticas cuando toman consciencia de su lugar en las estructuras sociales y deciden actuar consecuentemente y afirmarse políticamente de acuerdo a un objetivo común. Es el ir y venir de la clasificación y la desclasificación social al que se refiere Jorge Veraza (2005) como proceso contradictorio que se define en el movimiento conjunto de la sociedad y en la práctica de afirmación política de sujetos colectivos concretos. Por lo que aquí no hacemos referencia particular a la clase como verdadero sujeto histórico que posibilitaría realmente la superación capitalista. Tomar posición en este debate implicaría una discusión más amplia.

¿Cuál sería entonces el sujeto de la geopolítica? y de manera específica ¿cuál el de la geopolítica de la lucha de clases? Es decir, aquel o aquellos encargados de dar vida a los procesos geopolíticos reales, y específicamente aquel o aquellos encargados de ciertos procesos geopolíticos dirigidos intencionalmente a transformar total o parcialmente el estado capitalista de la espacialidad social.

El reto de reconocer en lo real y de definir conceptualmente al sujeto geopolítico de la lucha de clases no es menor, por lo que intentaremos no caer en la tentación de proponer un listado que simplemente adicione reales y potenciales “sujetos” actuantes de la geopolítica, pensando que con ello alcanzaríamos además la inclusión de una masa social total, clasificada o desclasificada. La idea de unidad de la praxis social entendida como totalidad social no se refiere a ello, no es la suma caótica de sus partes, empezando simplemente porque sus partes son siempre cambiantes y relativas a las estructuras sociales, y que estas últimas como ya lo dijimos también están en movimiento. Pero también porque para que las clases existan como fenómeno político real necesitan tomar consciencia de sus localizaciones en las estructuras sociales y actuar políticamente en función de ello.

Este camino de simplemente incluir nuevos actores como sujetos de la geopolítica ya se ha propuesto e iniciado por la denominada geopolítica crítica. No obstante, si bien reconocemos sus legítimos y pertinentes esfuerzos en torno a la consideración de otros sujetos políticos y de otras escalas de análisis de su práctica geopolítica, también reconocemos lo que a nuestro juicio son algunos de sus límites. Y es que su propuesta ha mantenido cierta rigidez en la manera de concebir al sujeto y a sus múltiples individuaciones, por lo que los ha absolutizado y aislado entre si y de la unidad social. Seguir su camino sería reproducir y profundizar un empobrecimiento múltiple del procesos

geopolítico herencia de la geopolítica tradicional. Por ejemplo, además del antagonismo entre el conocimiento geopolítico y el proceso real que ya se ha discutido en este trabajo, la geopolítica crítica ha mantenido una perspectiva de sujeto aislado de su historicidad y su transformación, de su definición relativa conforme a sus múltiples localizaciones en las estructuras sociales, de su constitución y autoafirmación política con base en una intensión y proyecto más allá de su localización estructural, etcétera.⁵

Es lo que ha sucedido, por ejemplo, con la supuesta superación del “fetichismo estatal” al haber reconocido la participación de “otros” sujetos no estatales. La cual ha tenido al menos dos repercusiones inmediatas muy peligrosas: En primer lugar, la separación y el antagonismo artificial creado entre el Estado y la sociedad, como si fueran universos distintos. Como si el Estado no se tratase de una manifestación de la capacidad política de toda una sociedad, de una expresión de la división social del trabajo y de un reflejo de su estructuración en clases. Mantener este antagonismo no sólo ha empobrecido la forma de concebir al Estado por confundirlo y reducirlo a las instituciones políticas, administrativas y represivas ligadas al poder, la legalidad y la legitimidad social de las clases gobernantes (Oliver, 2009), sino que además ha confundido a las izquierdas; Por lo que, en segundo lugar, en vez de contribuir con el cuestionamiento profundo de los rasgos de comportamiento de las relaciones sociales históricas que permitieron la constitución de una serie de instituciones estatales con las características actuales –entre ellas su alejamiento y aparente existencia independiente de la sociedad–, se han limitado a discutir si el eje central de la estrategia política anticapitalista consistiría en tomar al Estado para dirigir una transformación desde dentro o confrontarse a él hasta desaparecerlo por ser una de las instituciones modernas donde esencialmente toma cuerpo la dominación capitalista. Antagonismo que no sólo ha limitado y sesgado el conocimiento de la sociedad, el Estado y las clases, sino también su capacidad de racionalidad estratégica y actividad práctica dirigida a modificar la matriz estructurante de las relaciones sociales capitalistas –estamos convencidos de que esta existe y que no es esencialmente en el Estado donde se encuentra sino en las relaciones sociales reales–, aprovechando las capacidades productivas objetivas, reconociendo las diferencias étnicas, raciales y de género existentes, aprovechando las

⁵ Para una discusión detallada del estado actual en torno a la geopolítica crítica ver el trabajo de Heriberto Cairo Carou (1993).

experiencias autonómicas y comunitarias, pero también aceptando que el problema no es el Estado sino la forma capitalista que reviste.

Otro límite, es el de suponer que tanto las instituciones estatales como otras formas de individuación socio-política como las clases, los movimientos sociales o los pueblos están atadas a alguna escala para que efectivamente puedan ejercer actividad geopolítica real. Pareciera con ello que las instituciones estatales sólo pudieran ejercer actividad geopolítica fuera de sus fronteras y que los movimientos sociales sólo lo pudieran hacer en la escala local. Pero eso no es un problema metodológico, sino una característica del comportamiento escalar de las propias relaciones sociales objetivas. Si reconocemos la actividad geopolítica de las instituciones estatales hay que sensibilizarnos para percibir su praxis espacial en contradicción y conflicto dentro y fuera de sus fronteras. Lo mismo sucede en los movimientos sociales que realizan praxis espacial en escala comunitaria, local, regional e incluso internacional o global. Es el caso de un movimiento barrial urbano que pretende gestionar colectivamente su acomodo espacial comunitario en franco conflicto con alguna estrategia de ordenamiento espacial gubernamental o empresarial (León, Meave y Ramos, 2009), o el de una red internacional como “vía campesina” que defiende la forma de producción campesina con base en métodos tradicionales y que a su vez resiste a la introducción de semillas transgénicas y su correspondiente paquete de agroquímicos.

Algo similar podría decirse no sólo para el Estado y los Movimientos sociales, habría que reconocerlo en las leyes, la tecnología, la producción, el consumo, la división social del trabajo, entre otras características de la sociedad que suelen ser separadas, rigidizadas y antagonizadas de las relaciones sociales reales, como si no fueran características particulares de la unidad social global, o atadas a una única escala de actuación sin advertir sus diversos rasgos de comportamiento simultaneo en más de una de ellas. No estamos sugiriendo ni de cerca, una supuesta neutralidad o pureza de cada uno de ellos, en nuestro caso de las instituciones estatales o movimientos sociales, sino su pertenencia a una unidad mayor de la cual han surgido, en la que cobran sentido, de la que participan activamente y que su desaparición y control no conlleva necesariamente la modificación de los rasgos esenciales de la socialidad que la produjo. Por ello pensamos que el sujeto de la geopolítica de la lucha de clases se mantiene en constante mutación y configuración múltiple, que no está establecido en si mismo ni de manera permanente.

Pensamos que el sujeto histórico de la lucha de clases está presente hoy día en la praxis real de los movimientos sociales, de algunos frentes progresistas e incluso en las denominadas masas sociales. Es la forma histórica que reviste el sujeto histórico hoy día. Algunos de ellos son por ejemplo los movimientos autonomistas, los pueblos y comunidades locales, los campesinos, las etnias, los estudiantes, los jóvenes, las mujeres, los homosexuales, las trabajadoras sexuales, los trabajadores en activo, los desempleados, los gremios, los migrantes, las organizaciones barriales e incluso algunos partidos políticos y gobiernos. Pero hay que estar atentos a su configuración histórica, a su clasificación, desclasificación y reclasificación política, a su posible interconexión y fortalecimiento de acuerdo a un proyecto político común.

Hacia una geopolítica de la lucha de clases

No suponemos que las líneas arriba hayan logrado aún fundamentar una geopolítica de la lucha de clases desde en la producción y la reproducción social de Marx, pero pensamos que avanzan en el camino. Son apenas resultado parciales de nuestro trabajo que hemos decidido poner a debate. Los riesgos que hemos querido evitar son los de reproducir visiones que antagonicen la reproducción racional de lo real de los propios procesos prácticos de los que surgieron y en los que dinámicamente participan. Pensamos que es un error descalificar un saber por estar vinculado a un interés político, ya que asumir este criterio apuntaría directamente al corazón de la ciencia crítica y políticamente comprometida, al corazón de la praxis revolucionaria. Pero también hemos tenido el cuidado de evitar pensar una geopolítica sin sujeto histórico socialmente determinado en un escenario de lucha de clases. Evitar la consideración inmediata que los separa, independiza y rigidiza respecto a la unidad capitalista global de las relaciones sociales reales en las cuales se ha definido su constitución como sujeto político y su escenario práctico de confrontación y conflicto.

Hemos propuesto así una forma de concebir la geopolítica como cualidad particular de la praxis histórica, una forma de ver al sujeto de la geopolítica en la que las clases no son rígidas pero si determinadas de acuerdo al conjunto de intereses particulares y a las localizaciones diversas de los sujetos en las estructuras sociales. Necesitamos aún

profundizar en el necesario debate en torno al sujeto histórico que posibilite la superación del capitalismo, asumimos que como proceso de lo real este sujeto está en constitución. Pensamos que las visiones que han antagonizado y jerarquizado a los sujetos políticos no son el mejor camino. La historia social funde siempre en una unidad contradictoria las distintas actividades políticas, pero este crisol puede reventar en nuevas contradicciones que fortalezcan al capitalismo como ya sucedió en el pasado. Faltaría entonces que el crisol de la histórica política resulte del esfuerzo conjunto por reconocernos en las capacidades políticas diferencias de los otros, como la fuerza social global que somos. Pero la histórica es nuestra propia obra en marcha y pensamos que la geopolítica de la lucha de clases seguirá estando presente en ella.

Bibliografía:

CAIRO Carou, Heriberto. 1993. "Elementos para una geopolítica crítica. Tradición y cambio en una disciplina maldita". *Éria. Revista de Geografía*. Departamento de Geografía, Universidad de Oviedo. España.

ECHEVERRÍA, Bolívar. 1998. *La contradicción entre el valor y el valor de uso en El capital de Karl Marx*. Itaca. México.

HARVEY, David. 2007. *Espacios de esperanza*. Akal. España.

LEFEBVRE, Henri. 1976. *Espacio y política. Historia, ciencia y sociedad*. Península. Barcelona.

LEÓN, Efraín. 2007. *Energía amazónica. La frontera energética amazónica en el tablero geopolítico latinoamericano*. Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos. UNAM. México.

LEÓN, Efraín, Katia Meave y Alain Ramos. 2009. "Proyección territorial comunitaria en la ciudad de México: El caso del Movimiento Urbano Popular". En *Cidades*. vol.6 n. 9, *Ativismos sociais e espaço urbano*. São Paulo.

MARX, Karl. 2001. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. Siglo XXI. México.

OLIVER, Lucio. 2009. *El Estado ampliado en Brasil y México*. UNAM. México.

SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo. 2003. *Filosofía de la praxis*. Siglo XXI. México.

SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo. 1997. *Filosofía y Circunstancias*. UNAM/Anthropos. Barcelona.

VERAZA, Jorge. 2005. “El desarrollo paradójico del sujeto histórico en los siglos XX y XXI: Clase y multitud”. En *Polis. Investigación y análisis sociopolítico y psicosocial*. Nueva época, Vol. 1, Num. 2. UAM-Iztapalapa. México.